



**Cuidar a quienes aprenden a cuidar**

**La salud mental de los estudiantes del ámbito sanitario en tiempos  
postpandemia**

Institución: Universidad de San Isidro Dr. Plácido Marín

Carrera: Profesorado Universitario para la Educación Secundaria y Superior

Cátedra: Trabajo Final

Docentes: Cristián Secul Giusti – Maria Fernanda Olha – Milagros Pacheco – Sebastián Rodríguez

Alumno: Ivana Metzler

Segundo cuatrimestre 2025

## Introducción

Este trabajo surge a partir de una experiencia vivida en el aula, que me llevó a reflexionar sobre cuánto influyen las emociones y el estado mental de los estudiantes en su desempeño académico y en su futura práctica profesional en el ámbito quirúrgico.

Durante una de mis clases de práctica, al llegar al aula, encontré a todos los alumnos fuera del salón. Me informaron que una de las chicas se había desmayado y aún se encontraba inconsciente en el aula, junto con personal de la escuela. Al despertar, la estudiante relató que sufría crisis de ansiedad y pánico. No era la primera vez que le ocurría: según la preceptora, un mes antes había tenido un episodio similar en el campo práctico. Mientras el personal de emergencias la asistía, otras alumnas me comentaron que, minutos antes, había tenido una discusión con una compañera, quien en ese momento se encontraba llorando en el baño de la escuela. La docente a cargo contuvo al grupo y pudimos conversar juntos sobre lo sucedido. Obviamente, esa tarde mi clase práctica quedó relegada por un tema más importante.

Ese momento de crisis colectiva me permitió comprender que el bienestar emocional de los estudiantes no es un aspecto secundario: es un factor central que condiciona el aprendizaje, la convivencia y el desarrollo profesional. También me llevó a reflexionar sobre cómo, como futura docente, podría afrontar y acompañar adecuadamente si me tocara una situación similar.

Sin embargo, este no fue un hecho aislado. En los últimos años he observado que muchos jóvenes se muestran especialmente sensibles a las correcciones de los docentes, en particular de aquellos con mayor trayectoria, cuyo estilo comunicacional puede resultar más rígido o directo según mi experiencia. Además, situaciones cotidianas, como la despedida organizada para los egresados el año pasado, evidenciaron esta sensibilidad emocional: varios estudiantes se retiraban al patio en distintos momentos de la reunión, buscando un espacio de soledad ante el bullicio, como si ese entorno les produjera cierto nivel de incomodidad.

A partir de aquellos episodios, decidí profundizar en la problemática de la salud mental de los estudiantes, especialmente en carreras del área de la salud como la Instrumentación Quirúrgica, donde las prácticas se desarrollan en entornos de alta exigencia y presión emocional. Mi intención es reflexionar sobre la necesidad de incorporar la salud mental como un eje transversal en la formación de los futuros profesionales y repensar el rol docente frente a los desafíos emocionales que emergen en el aula.

## Salud mental y educación

La Organización Mundial de la Salud (OMS) define la salud mental como un “estado de bienestar en el cual el individuo realiza sus capacidades, puede afrontar las tensiones normales de la vida, trabajar de forma productiva y contribuir a su comunidad”. Este concepto excede la mera ausencia de enfermedad: involucra equilibrio emocional, resiliencia y sentido vital.

En el ámbito educativo, la salud mental es condición para el aprendizaje significativo. Un estudiante que atraviesa ansiedad, depresión o angustia difícilmente pueda concentrarse, retener información o establecer vínculos saludables con sus compañeros y docentes.

Según la Organización Panamericana de la Salud (OPS), los jóvenes de carreras del área de la salud enfrentan una “doble exigencia”: la presión académica y la emocional. Aprenden sobre la vida y la muerte, sobre el dolor y la vulnerabilidad humana, mientras buscan definir su identidad profesional.

Autores como Paulo Freire (1997) sostienen que educar no es llenar de contenidos, sino formar seres humanos críticos y sensibles. Para Freire, el vínculo pedagógico debe fundarse en la empatía y el diálogo, porque “nadie educa a nadie, nadie se educa a sí mismo: los hombres se educan entre sí, mediatizados por el mundo”. Esta perspectiva invita a revisar nuestras prácticas docentes a la luz de los desafíos que presentan los estudiantes actuales.

En conversaciones con colegas, coincidimos en que muchos jóvenes, a pesar de tener acceso inmediato a la información, encuentran dificultades para buscarla de manera autónoma y esperan que todo esté previamente organizado o “servido”. Además, se observa una sensibilidad marcada frente a las correcciones: suelen justificarse ante los errores y sufren las correcciones como algo personal. Esto se combina con una percepción constante de que los contenidos resultan “demasiado extensos”, al punto de que varios docentes han debido desdoblar exámenes parciales porque, cuando el volumen de contenidos era mayor, la mayoría no lograba aprobar.

Esta realidad refuerza la necesidad de sostener el enfoque freireano: acompañar con empatía, propiciar el diálogo, y a la vez fortalecer la autonomía, la responsabilidad y la capacidad crítica. No se trata de bajar la exigencia, sino de repensar cómo mediar el aprendizaje para que cada estudiante pueda apropiarse del conocimiento y desarrollarse como sujeto activo en su propio proceso formativo.

Edith Litwin (1997), por su parte, subraya que enseñar implica crear las condiciones para que el otro aprenda, y esas condiciones no son solo cognitivas, sino también afectivas. Un aula donde se respira miedo o indiferencia es un terreno estéril para el aprendizaje. Esta perspectiva, tan vigente en la educación en general, adquiere un matiz particular cuando la pensamos en el ámbito donde ejerzo mi rol docente, que es el mismo en el que me desempeño como profesional: la práctica quirúrgica.

En este contexto, lograr un ambiente completamente libre de miedo o nervios no siempre es sencillo. Mis estudiantes ponen en juego sus conocimientos en situaciones de alta exigencia: mientras que los de primer año lo hacen en un espacio de simulación, quienes cursan los años superiores se enfrentan a prácticas en quirófanos reales, con pacientes reales y equipos profesionales inmersos en dinámicas complejas. Pacientes que, naturalmente, llegan con miedo, y profesionales que, en un sistema sanitario como el nuestro, suelen sostener dos o más jornadas laborales para poder llegar a fin de mes. Todos estos factores pueden generar, en ocasiones, un clima tenso u hostil, que a primera vista parecería atentar contra una curva de aprendizaje segura.

Sin embargo, me gusta pensar que incluso ese ambiente forma parte del proceso formativo. “Todo suma”: esa es la frase que repito constantemente ante cualquier conflicto o situación desafiante. Si un cirujano discute con la circulante, nos ofrece la oportunidad de analizar de qué modo no debemos dirigirnos a un colega. Si una instrumentadora responde de mala manera, se vuelve un ejemplo claro del tipo de profesional que no queremos ser en el futuro. Cada escena, incluso las incómodas, se transforma en un insumo pedagógico.

Así, lo que en principio podría parecer un obstáculo termina enriqueciendo la formación. Para mis estudiantes, cada situación se vuelve una experiencia valiosa para construir criterio, identidad profesional y capacidad de respuesta. Y, de manera indirecta, también los profesionales que nos rodean aprenden con nosotros, porque la presencia de estudiantes invita a reflexionar sobre las prácticas, los modos de comunicarnos y la cultura de trabajo en equipo.

Emilia Ferreiro, en sus entrevistas, al referirse al rol del docente, remarca que las emociones son parte constitutiva del acto de aprender. No existe neutralidad afectiva en el proceso educativo: enseñar y aprender siempre implican sentir. En este sentido, la salud mental no puede quedar relegada a un tema de “bienestar personal”. En carreras sanitarias, el equilibrio emocional es una competencia profesional. Cuidar de otros requiere primero saber cuidarse a sí mismo.

Esta afirmación cobra especial relevancia en el contexto donde me desempeño, donde las realidades que atraviesan los estudiantes suelen ser complejas y demandantes. Del mismo modo que lo viví yo en mi etapa de formación, muchos de ellos combinan horas de estudio con extensas jornadas de trabajo; quienes tienen hijos deben armonizar responsabilidades familiares; otros viajan largas distancias para llegar a los hospitales donde realizan sus prácticas. Todo esto implica un esfuerzo constante que, para los jóvenes de hoy, muchas veces se vuelve abrumador, y así lo expresan.

Quizás en nuestra generación la respuesta más habitual era continuar “cueste lo que cueste”, haciendo malabares para cumplir con todo, aun cuando el costo se reflejara en un bajo rendimiento o en el agotamiento silencioso. En cambio, muchos estudiantes actuales manifiestan ese malestar de manera más visible: en síntomas físicos, en angustias, en episodios de estrés o desborde emocional. No porque sean menos capaces, sino porque viven y nombran el malestar de un modo distinto, más honesto y directo.

Afortunadamente, en nuestra institución estas situaciones no pasan inadvertidas. Se conversan con docentes y directivos, quienes intentan acompañar, escuchar y generar condiciones más humanas para transitar un camino que, de por sí, es exigente y cuesta arriba. Y es allí donde la perspectiva de Ferreiro se vuelve indispensable: reconocer que educar también es cuidar, que el aprendizaje requiere un andamiaje emocional, y que la educación, especialmente en el ámbito de la salud, tiene la responsabilidad de ayudar a los estudiantes a sostenerse, a encontrarse y a no quedar solos frente a la presión.

### **Impacto de la pandemia en la salud mental de los jóvenes**

La pandemia de COVID-19 marcó un antes y un después en la vida de los jóvenes. El confinamiento, la incertidumbre, la pérdida de rutinas y la educación virtual modificaron profundamente la manera en que se construyeron los lazos sociales y la identidad.

Los años de la adolescencia y la juventud temprana son fundamentales para desarrollar habilidades emocionales, sociales y vocacionales. Sin embargo, los actuales estudiantes terciarios vivieron ese período en aislamiento, comunicándose por pantallas, sin contacto directo con pares ni con la vida institucional.

Diversos estudios (OMS, 2022; UNICEF, 2021) registraron un aumento sostenido de los síntomas de ansiedad, depresión y ataques de pánico en jóvenes postpandemia. Muchos manifestaron miedo a volver a la presencialidad, sensación de desajuste social o dificultades para sostener la atención y la motivación.

En el aula, esto se traduce en estudiantes más frágiles emocionalmente, con baja tolerancia a la frustración, inseguridad y necesidad de contención constante. En el caso de los futuros profesionales de la salud, estas emociones se potencian cuando deben enfrentarse por primera vez a un quirófano, a un paciente real o a la posibilidad del error.

Las conclusiones de un estudio realizado en una escuela secundaria en la pospandemia, sobre “La Fábrica de Memes como construcción grupal y de reflexión sobre educación y salud mental”, permiten visualizar la interseccionalidad de problemáticas que atraviesan la vida cotidiana y las trayectorias escolares de los y las adolescentes: las presiones académicas, el rendimiento escolar, la socialización, la salud mental, los espacios de cuidado, los vínculos sexoafectivos y las preocupaciones por el contexto sociopolítico. Estos elementos dialogan directamente con mi experiencia tanto en mis prácticas docentes como con mi grupo estable de estudiantes, donde pude observar cómo estas dimensiones influyen en sus modos de vincularse con el aprendizaje.

Las conclusiones también invitan a reflexionar sobre los límites y posibilidades de la organización curricular y sobre cómo distribuimos los tiempos y espacios para atender la salud mental y los intereses reales de los adolescentes. En mi práctica concreta, esto se evidencia en la necesidad de generar propuestas pedagógicas que contemplen lo emocional, lo lúdico y lo colaborativo como parte constitutiva del proceso de aprender, especialmente en una carrera tan demandante como la Tecnicatura en Instrumentación Quirúrgica.

A su vez, el informe señala la importancia de los vínculos entre adultos y adolescencias, entre pares dentro de las instituciones y entre las comunidades educativas que acompañan esas trayectorias. En el aula, esta dimensión vincular se hace visible cuando los estudiantes se apropian de los contenidos a través de formatos que los representan y los convocan: un meme relacionado con la instrumentación quirúrgica puede servir como disparador para captar su atención, generar identificación y aliviar tensiones; los juegos, especialmente aquellos basados en dinámicas de competencia, potencian la participación, la motivación y el trabajo en equipo.

He comprobado que cuando las actividades incorporan desafíos, reglas claras y algún tipo de incentivo, los estudiantes no solo se involucran más profundamente, sino que colaboran mejor entre ellos, coordinan tareas y priorizan el objetivo común. Por ejemplo, en el último juego que diseñé este año, en el que debían armar de forma rápida y correcta los pasos de una técnica quirúrgica, la participación fue completa y sostenida.

El premio simbólico de elegir primero el lugar para rendir el parcial reforzó el compromiso sin generar presiones excesivas.

Estas experiencias se enlazan con la conclusión central del estudio: la necesidad de continuar generando intervenciones pedagógicas que cuiden la salud mental desde una perspectiva colectiva, atendiendo a los intereses, los vínculos, las motivaciones y las formas de aprender de los adolescentes. En mi práctica, quedó claro que cuando promovemos entornos de juego, pertenencia y reconocimiento, no solo facilitamos aprendizajes más significativos, sino que acompañamos de manera más humana y sensible las trayectorias formativas.

### **La salud mental en los estudiantes de carreras del área de la salud**

Las carreras del área de la salud implican un alto grado de compromiso emocional. En las prácticas hospitalarias, los estudiantes deben enfrentarse al sufrimiento, la enfermedad, la urgencia y, en algunos casos, la muerte. La tensión entre el deseo de aprender y el miedo a equivocarse puede derivar en estrés académico o ansiedad de desempeño.

Los futuros instrumentadores quirúrgicos viven una experiencia formativa particular: deben mantener la concentración y la calma en un entorno donde todo es delicado, urgente y jerárquico. El quirófano no es un aula tradicional: es un espacio donde cada acción tiene consecuencias reales.

Como docente, he observado que detrás de cada ambo hay personas con historias, temores y expectativas. En el episodio vivido en mis prácticas, el desmayo de una alumna fue el punto de partida para abrir un diálogo profundo sobre los límites del cuerpo y la mente. La contención, la escucha y la empatía que demostró la docente titular, fueron más efectivas y acertadas que cualquier manual.

Estos acontecimientos muestran que la salud mental debe dejar de ser un tema tabú en las instituciones formadoras de profesionales de la salud. Hablar de ansiedad, estrés o pánico no es mostrar debilidad: es reconocer la humanidad que hay detrás de cada futuro profesional.

Las siguientes ideas sintetizan las conclusiones del estudio de Pijal (2025), “Desafíos emocionales en estudiantes de ciencias de la salud: un análisis desde el estrés, la ansiedad y la depresión”. El trabajo muestra que el género influye significativamente en los niveles de estrés, aunque no ocurre lo mismo con la ansiedad y la depresión, que

afectan de manera similar a hombres y mujeres. Si bien la mayoría de los estudiantes presenta niveles normales o moderados, existe un grupo relevante con niveles graves, especialmente en ansiedad, que evidencia la necesidad de fortalecer los espacios de apoyo psicológico en el ámbito universitario.

Aunque no se halló una relación estadísticamente significativa entre nivel socioeconómico y salud mental, los datos sugieren mayores niveles de estrés en estudiantes de clase media, posiblemente asociados a expectativas académicas y sociales más altas. Asimismo, se identificó una relación entre la carrera y los niveles de estrés y ansiedad, especialmente en áreas de elevada demanda académica y clínica, mientras que la depresión afectó de manera similar a los distintos grupos de la muestra.

Estas conclusiones remarcan la importancia de implementar programas de acompañamiento emocional, estrategias de gestión del estrés y abordajes diferenciados según género, carrera y contexto socioeconómico, además de promover una cultura institucional que reduzca la estigmatización en torno a la salud mental.

Desde mi experiencia en la Tecnicatura en Instrumentación Quirúrgica, observo dinámicas coincidentes: si bien la matrícula es mayoritariamente femenina, los pocos varones suelen afrontar el estrés de modo más práctico. Además, el quirófano, área en la que se desarrollan parte de las prácticas, constituye un entorno particularmente estresante: ambiente cerrado, con alta carga de responsabilidad, donde la calma puede pasar repentinamente a la urgencia. Esta dualidad vuelve indispensable no solo el dominio técnico, sino también la capacidad de regular emociones en situaciones críticas.

Por ello, considero valioso generar espacios, incluso virtuales, donde los estudiantes puedan compartir experiencias, expresar sus temores y conocer las estrategias de afrontamiento de sus pares. Escuchar cómo otros gestionan la presión y los nervios no solo fortalece el bienestar emocional, sino que también enriquece la formación profesional y el acompañamiento entre compañeros.

### **Rol del docente frente a la salud mental de los estudiantes**

El docente no es psicólogo ni terapeuta, pero sí es un observador privilegiado del comportamiento emocional de sus alumnos. En el aula puede detectar cambios de actitud, retraimiento, irritabilidad o señales de agotamiento.

Su rol frente a la salud mental estudiantil implica tres dimensiones: escucha activa y empatía, mostrando disponibilidad y comprensión ante las situaciones personales;

flexibilidad pedagógica, Ajustando tiempos, actividades o evaluaciones cuando un estudiante atraviesa un momento crítico; y promoción de espacios de contención, generando dinámicas grupales que fortalezcan el compañerismo y el autocuidado.

La educación emocional no se enseña en una clase específica, sino en el modo en que el docente se relaciona con su grupo. Una mirada empática o una palabra de aliento pueden marcar la diferencia.

Las reflexiones que presentan Puiggrós y Frechtel sobre el pensamiento de Inés Dussel dialogan directamente con mi experiencia como docente en formación. Dussel plantea que la escuela es una institución históricamente situada, que conserva tradiciones del pasado: estructuras, tiempos, formas de organización; pero que, al mismo tiempo, enfrenta desafíos del presente vinculados con nuevas subjetividades juveniles, transformaciones culturales y condiciones sociales cambiantes.

En mis prácticas docentes pude ver con claridad esa tensión entre lo “heredado” y lo “nuevo”. Por un lado, la organización curricular, los tiempos de clase y las expectativas institucionales siguen respondiendo a un formato escolar clásico: secuencias lineales, evaluaciones tradicionales, roles muy definidos. Pero en el aula me encontré con estudiantes que se conectan de manera distinta con el saber, que aprenden mejor a través de lo visual, lo lúdico o lo colaborativo, y que necesitan espacios de expresión más horizontales, tal como plantea Dussel en su mirada sobre la escuela actual.

Además, la idea de Dussel de la escuela como un espacio de encuentro y construcción colectiva se reflejó en las dinámicas que pude generar en mis prácticas: cuando trabajé con juegos, memes o actividades cooperativas, noté que el clima del aula cambiaba, que se fortalecían los vínculos entre los estudiantes y que el aprendizaje se volvía más participativo. Esto confirma la importancia de pensar la escuela no solo como transmisora de contenidos, sino como un espacio para crear sentido compartido, algo que la autora destaca como fundamental en el presente y hacia el futuro.

Finalmente, la invitación de Dussel a revisar las formas tradicionales sin perder la misión social de la escuela se hace evidente en mi experiencia cotidiana: la formación en Instrumentación Quirúrgica exige rigurosidad técnica, pero también sensibilidad, cuidado y capacidad de trabajo colaborativo. En mis prácticas, encontrar ese equilibrio, entre lo técnico y lo humano, entre lo estructurado y lo flexible, se volvió una tarea central, y coincide con la mirada de Dussel sobre la necesidad de una escuela que se reinvente sin perder su sentido.

## **Propuestas de abordaje institucional y pedagógico**

Las instituciones educativas deben asumir la salud mental como una política transversal. Algunas estrategias posibles son: implementar programas de acompañamiento psicológico y tutorial para estudiantes, incorporar talleres de autocuidado y manejo del estrés en las carreras de salud, promover charlas interdisciplinarias con profesionales de la salud mental, establecer protocolos de actuación ante crisis de ansiedad o pánico en el aula, y fomentar espacios de diálogo docente para compartir experiencias y estrategias.

En Argentina, el Plan Nacional de Salud Mental 2023-2027 y el Programa Nacional de Salud Integral en las Escuelas reconocen la necesidad de un abordaje integral del bienestar psicosocial. Estos marcos pueden servir de referencia para adaptar acciones concretas en los institutos de formación superior.

Una investigación realizada en la Universidad Cesar Vallejo de Perú, por los doctores Hidalgo y Lola en el año 2023, concluye que la gestión operativa de los servicios de salud mental dentro del ámbito universitario es un factor esencial para promover el bienestar psicológico, especialmente en el contexto pospandemia. El estudio destaca que los estudiantes necesitan acceso efectivo, organizado y continuo a apoyos psicoemocionales, no solo para resolver crisis puntuales, sino para desarrollar recursos personales que fortalezcan su estabilidad emocional a largo plazo.

En ese sentido, es fundamental que los alumnos, futuros profesionales de la salud, cuenten con herramientas sólidas para sostener su propia salud mental. Si la universidad implementa servicios bien gestionados, como señala la investigación, los estudiantes pueden adquirir habilidades para el autocuidado, la regulación emocional y el manejo del estrés, competencias indispensables para desenvolverse en contextos laborales exigentes como el quirófano o cualquier área de la salud.

Además, desde una perspectiva profundamente vocacional, es de suma importancia que los futuros profesionales no solo logren una vida laboral exitosa, sino que puedan mantener viva su motivación y su deseo de ayudar al otro. Las conclusiones del estudio respaldan esta mirada: un estudiante emocionalmente acompañado y con mejores niveles de bienestar psicológico tiene más probabilidades de sostener su proyecto de vida, su vocación y su compromiso ético.

## **Conclusión**

Cuidar la salud mental de los estudiantes no es una tarea complementaria, sino una condición necesaria para el aprendizaje significativo y para el ejercicio responsable de cualquier profesión en el ámbito de la salud. Los futuros instrumentadores quirúrgicos, así como los médicos y enfermeros, necesitan desarrollar habilidades técnicas rigurosas, pero también herramientas de autoconocimiento, regulación emocional y cuidado personal, porque el acto de cuidar a otros exige una fortaleza interna que no se construye de manera espontánea.

La docencia en salud implica reconocer que la dimensión humana es inseparable de la dimensión técnica. Ningún manual de procedimientos puede suplir la importancia de un profesional emocionalmente estable, empático y consciente de sus propios límites. Formar profesionales competentes supone, entonces, enseñarles a cuidar su mente tanto como su cuerpo, a detectar señales de estrés, a pedir ayuda cuando la necesitan y a construir espacios de trabajo saludables y colaborativos.

Las instituciones formadoras tienen una responsabilidad ética que no puede ser esquivada: acompañar a los estudiantes en un contexto postpandemia que dejó huellas profundas. Diversos estudios recientes señalan que los jóvenes presentan niveles crecientes de ansiedad, sobrecarga emocional y dificultades para enfrentar situaciones de alta demanda, como las que requiere sobre todo el trabajo en quirófano. Ignorar estos indicadores sería negarse a ver una realidad que atraviesa silenciosamente los pasillos, las aulas y las prácticas profesionales.

La salud mental de los futuros profesionales es, por lo tanto, una responsabilidad compartida que comienza en el aula, en la manera en que escuchamos, miramos y orientamos a quienes están aprendiendo. Cada corrección, cada acompañamiento, cada gesto docente puede convertirse en un sostén o en una herida. Por eso, es imprescindible construir climas de confianza donde el error sea una oportunidad de crecimiento y no una fuente de angustia.

Finalmente, cuidar la salud mental en la formación universitaria es apostar a un futuro más humano dentro del sistema sanitario. Es reconocer que detrás de cada estudiante hay una historia, un miedo, una expectativa, un esfuerzo silencioso. Es comprender que para que ellos puedan cuidar la vida de otros, primero necesitan sentir que su propia vida, y su bienestar emocional, importan tanto como el del paciente. En síntesis, el cuidado de la salud mental en las carreras del área de la salud no es un agregado ni un lujo: es la base imprescindible para formar profesionales íntegros, equilibrados y capaces de ejercer una práctica verdaderamente humana, ética y saludable.

## **Bibliografía**

Freire, P. (1997). *Pedagogía de la autonomía*. Siglo XXI Editores.

Litwin, E. (1997). *El oficio de enseñar*. Paidós.

Serantes, A., Lenta, M., Storto, A., Fernández, C., & Hernanz, M. (2024). Construcción participativa de problemáticas psicosociales percibidas por adolescentes de una escuela secundaria de CABA en la pospandemia. La "Fábrica de Memes" como construcción grupal y de reflexión sobre educación y salud mental. In 6tas Jornadas de Estudios sobre la Infancia.

Pijal, A. C. B. (2025). Desafíos emocionales en estudiantes de ciencias de la salud: un análisis desde el estrés, la ansiedad y la depresión. *Revista UNIANDES de Ciencias de la Salud*, 8(2), 173-191.

Tenti Fanfani, E. (2010). *La condición docente*. Siglo XXI Editores.

Puiggrós, A., & Frechtel, I. (2021). Inés Dussel. La escuela en el tiempo: pasado, presente y futuro. *Revista Argentina de Investigación Educativa*.

Hidalgo, M. Y. D. F. C., & Lola, L. J. G. (2023). Gestión operativa del servicio de salud mental para el desarrollo del bienestar psicológico en universitarios pospandemia. *Ciencia Latina Revista Científica Multidisciplinar*, 7(1), 1284-1301.

Organización Mundial de la Salud (2022). *Informe sobre salud mental*. OMS.

OPS (Organización Panamericana de la Salud). *Salud mental y pandemia*.

Ministerio de Educación de la Nación Argentina. *Lineamientos sobre bienestar estudiantil*.

UNICEF (2021). *Impacto psicosocial de la pandemia en adolescentes*.

Plan Nacional de Salud Mental 2023-2027. [Argentina.gob.ar](http://Argentina.gob.ar).